

APÉNDICE

UNA PALABRA Á LOS PADRES Y Á LOS EDUCADORES

1. Cuán difícil es tratar ciertas cuestiones en público.—La tarea que ante nosotros tenemos, exige á veces que tratemos y llamemos por sus nombres cosas que pueden suscitar escrúpulos en gentes demasiado delicadas.

Dios, que conoce á fondo los corazones, sabe cuántos cuidados y reflexiones nos cuestan tales asuntos, y cuántas horas hemos consagrado á exponer verdades que absolutamente no podíamos omitir, y que debíamos tratar de modo que las personas de experiencia encontrasen dicho todo lo indispensable, y los corazones inocentes no fuesen iniciados sin necesidad en cosas de esta naturaleza.

Por estas consideraciones hemos renunciado frecuentemente á hacer uso de nuestras mejores armas; podríamos servirnos contra la falsa civilización de otros medios de combate incomparablemente más vigorosos, si las consideraciones que debemos á la inocencia ingenua, ante cuyos ojos se presentarán tal vez estas páginas, no nos atasen las manos.

Hemos procedido en esto como creíamos deber hacerlo en presencia de Aquel que sonda los corazones, porque no es ante los hombres donde queremos justificarnos; pero deseamos decir algunas palabras en esta materia para ilustrar á los que se encuentran en tal situación, especialmente á los padres, á los maestros y á los educadores.

2. Cuán al corriente está del mal la juventud.—Si escribiésemos para muñecos, habríamos pasado en silencio tales asuntos; pero tratándose de quien llegó á cierta edad,

y á un desenvolvimiento intelectual suficiente para seguir un poco las cuestiones tratadas aquí, es oportuno llamar su atención sobre los grandes peligros que debe temer de la supuesta civilización actual.

En nuestra opinión va demasiado lejos el Obispo de Orleáns, Mons. Dupanloup, cuando exclama: Vivimos en una mala época, siendo en vano buscar la inocencia; no se encuentran ya entre nosotros frentes puras en que resplandezcan sus dulces encantos: con frecuencia los niños mismos no conocen esa virtud. ⁽¹⁾ Pero lo cierto es que muy á menudo sucede así por desgracia.

No puede negarse que la mayor parte de los padres, como si estuvieran ciegos, lo ignoran; ⁽²⁾ precisamente los jóvenes más expuestos á esos peligros ó que sucumbieron ya, son los que mejor saben darse las apariencias de un buen corazón; ⁽³⁾ un ligero barniz de exterior decoro engaña fácilmente la ternura y la ingenuidad de los que jamás tendrían circunspección excesiva. En un libro de Octavio Feuillet, que merece leerse, se dice con toda verdad de la juventud femenina: «Creo que la precocidad de las jóvenes en estos tiempos debe atribuirse al descuido moral de las madres. Hago á éstas la justicia de que todas sin excepción, cualquiera que sea su moralidad personal, desean hacer de sus hijas mujeres honradas; lo que les falta para alcanzar un fin tan laudable, es la más pequeña dosis de vulgar buen sentido. En efecto, únicamente la ceguera de los maridos con respecto á sus mujeres puede ser comparable á la de las madres con sus hijas; parecen como persuadidas de que todo en la tierra es susceptible de corrupción menos ellas. Pueden sus hijas desafiar las más peligrosas relaciones, la vista de perturbadoras escenas, las conversaciones más equívocas; poco importa: todo cuanto pasa por los ojos, los oídos y la inteligencia de sus hijas se purifica instantáneamente. Sus hijas son salamandras que

(1) Dupanloup, *De l'éducation*, III, 465.

(2) *Ibid.*, III, 459.

(3) *Ibid.*, III, 470.

impunemente pueden atravesar el fuego, aunque fuese el del infierno mismo.

Penetrada de esta agradable convicción, una madre no vacila en entregar á su hija á todas las excitaciones depravadoras de lo que se llama el mundo parisiense, el cual no es otra cosa que la práctica de los siete pecados capitales. ⁽¹⁾

Á Dios gracias, hay siempre almas á las que su ángel custodio conduce á través de todos los peligros, sin que un soplo envenenado enturbie el espejo de su corazón. Pero su número es muy pequeño; la inmensa mayoría está formada por los que, en su primera juventud, conocieron ya, ó no ignoraron, cosas que más les hubiera valido no saber nunca. Las madres me hacen reír, decía en cierta ocasión una jovencita; siempre creen que ignoramos esto y lo sabemos todo: leemos mucho.

Sí, nuestros niños leen demasiado. Basta echar una ojeada á los catálogos de las librerías. ¿Qué ofrecen? Para la juventud femenina de nueve á dieciséis años, leyendas, dioses y héroes de la antigüedad clásica, manuales de mitología para uso de las jóvenes, cursos de literatura popular, cartas estéticas para mujeres, con los grabados correspondientes cuando es posible. Increíble parece; hasta se encuentran las narraciones de Wieland, dispuestas especialmente para jovencitas.

De todas esas obras se eleva constantemente un solo y mismo canto, que es un himno á la sana sensualidad de los antiguos, una queja contra los tiempos cristianos que nos arrancaron la posibilidad de imitarlos jamás. Lo único bello, en el sentido completo de la palabra, es el cuerpo humano. Sólo á su vista puede desenvolverse el sentimiento de lo bello; todas las demás tentativas para despertar el gusto artístico son insuficientes. Pero el aspecto de la belleza desnuda produce una especie de embriaguez; de modo que nunca se deplorará bastante que escrúpulos tradicionales nos priven de los verdaderos modelos de lo be-

(1) Octavio Feuillet, *La morte*, (52) 9 y sig.

llo. Todo velo es un robo, una destrucción bárbara y grosera de la belleza; las ideas cristianas acerca del pudor son prejuicios que no permiten jamás apreciar lo bello como es debido, haciéndonos temblar ante el pecado, cuando los antiguos se deleitaban ante el puro natural y la belleza de la forma. Tales son las doctrinas de una obra de estética, que nos guardaremos bien de citar, cuyo autor se jacta de haber conquistado un número considerable de lectores entre las mujeres y aun entre las jóvenes.

Obras de esta naturaleza se recomiendan como estudio especial para esas mujeres y esas jóvenes que no pueden disfrutar las antiguas estatuas, según expresión de un manual para jovencitas, desgraciadamente muy difundido, ó por lo menos modelos en yeso, grabados de arte antiguo, libros de mitología ilustrados, etc. Y todo esto, para hablar como Goethe, con la intención de que nos conduzcan á los tiempos que los vieron nacer. Sólo de esta manera puede el hombre ser devuelto á su más puro estado, y se hace puramente humano el mismo espectador. Al abrir los ojos por la mañana, nos conmueve ya lo más excelente que hay en ellos; esos modelos acompañan nuestra inteligencia y nuestros sentimientos, siendo por lo tanto imposible caer de nuevo en la barbarie. ⁽¹⁾

Si á esto se añade la indispensable lectura de los clásicos, la obra lastimosa *Goethe y las mujeres*, la visita á colecciones artísticas y museos, respecto á los que nuestras jóvenes damas de catorce años conocen ya libros con reflexiones pueriles, interrumpidas por significativos puntos suspensivos, fácilmente se comprenderá cómo esos delicados seres están desde muy pronto iniciados en las cosas más funestas.

No tiene la juventud necesidad de eso; busca ya con bastante atención, á que se unen el deseo de saberlo todo, la curiosidad y la sensualidad, cuanto en el hombre, en el animal, en las imágenes y en la palabra le parece enigmático, atractivo y prohibido. Las revistas que sus padres

(1) Goethe, *Zweiter rom. Aufenthalt* (G. W., 1829, XXIX, 327 y sig.).

leen, los libros, los álbums, las colecciones y los grabados que los niños encuentran en su casa ó en la ajena, no evitan nunca su curiosidad. En una visita hecha de prisa han visto lo que no debieran ver; la simple acción de hojear un libro les lleva á la página que excitó su sensualidad, aunque no hubiese otra en todo él.

Hay que ver las cosas como son; un autor, un clásico, por ejemplo, no necesita ser positivamente inmoral para convertirse en causa de seducción y de inmoralidad tratándose de jóvenes en esos años en que crece el incentivo de la sensualidad. Los niños leen para satisfacer su curiosidad, é impresionables como son, el fruto de esas lecturas suele ser llenar su fantasía de especies peligrosas y despertar la sensualidad donde tal vez brotan ya los malos deseos. ⁽¹⁾ Lo mismo sucede con los grabados: en esta materia no debemos juzgar á los niños por nosotros; debemos tener en cuenta que la juventud mira con sus ojos y nosotros con los nuestros, y entonces comprenderemos fácilmente que hayan nacido para ellos funestos males cuando nosotros nada peligroso habíamos advertido.

Por fin, la molicie con que se educa á la juventud y los cuidados excesivos que se le prodigan acaban de perderlos, cumpliéndose pronto las palabras del poeta: «La voluptuosidad solicita á sus víctimas con la molicie, el temor á la austeridad y los sueños de una fantasía vana y ociosa». ⁽²⁾

De ese modo pasan millares de niños y jóvenes lo que se llama la adolescencia; después de esto se les presenta en la sociedad y se les lleva á los bailes y á los teatros; están bastante preparados. Y los padres se preguntan de dónde procede el mal que advierten en sus hijos.

3. Callar acerca de cosas de que se tiene la misión de hablar, es cooperar al mal.—Mejor dicho, no se lo preguntan; creen que todo está bien. Únicamente cuando en un sermón de cuaresma levanta el predicador delica-

(1) Marcial, 11, 67.

(2) Petrarca, *Trionfo d'amore*, 1, 81 y sig.

damente el velo que cubre esa podredumbre, prohíben á sus hijas ir á los sermones siguientes para que su atención no se fije en esas cosas; en cuanto al confesonario, también se alejan de él por temor de perder allí su angelical inocencia.

Hay gentes al parecer convencidas de que San Francisco de Sales es con frecuencia poco delicado y hasta demasiado libre en sus escritos. Hace algunos años, en una ciudad episcopal de Austria, pretendía una madre hacer que se prohibiese un libro destinado á las escuelas en que se enseña latín, porque la censura eclesiástica no había suprimido las palabras de la Escritura: «He aquí que concebirás y parirás un hijo». Temía que el suyo, quien debía estudiar en aquella escuela las aventuras de Júpiter y de Venus, se corrompiese con aquella salutación del ángel á la más Santa de todas las vírgenes. En esa misma ciudad hubo por la misma época una insurrección de señoras contra el Ave María. Hay en esa oración, decían con extravagante delicadeza, expresiones peligrosas para corazones inocentes. No se les ocurría siquiera que debían estar muy enfermas de espíritu para que ni por un momento pudieran admitir aquel juicio. En otro tiempo se creía que la pureza de María era tanta, que no había nadie en quien pudiera despertar malos sentimientos; ⁽³⁾ hoy influye demasiado en nosotros la llamada sensualidad sana para pensar con aquella elevación. Es un caso parecido á lo que sucede en muchas clases de la sociedad distinguida norteamericana, y en otros muchos puntos en que está prohibida toda una categoría de palabras, por más que no expresan ninguna inconveniencia. La razón es que el espíritu del hombre está tan corrompido, que no puede oír aquellas expresiones sin que inmediatamente susciten malos pensamientos.

¡El educador, el predicador, el autor, tendrían derecho á ponerse en guardia contra todo, excepto contra el ma-

(1) Konrad von Würzburg, *Goldene Schmiede*, 1154 y sig., 1176 y sig., 1218 y sig.

yor y más general contagio! Admitimos desde luego que ese prejuicio nace de las mejores intenciones, y puede apoyarse en numerosos ejemplos, á propósito de los cuales causó muchos males un celo irreflexivo; sin embargo, es claro que guardar silencio en lo que ordinariamente es motivo de inquietud en el mecanismo de la vida, sólo puede redundar en beneficio del mal.

Así es como éste, no teniendo traba alguna, produce sus efectos haciendo víctima suya á la inocencia desprevenida. ¡Más tarde, cuando el daño recibido hace que ésta vea con claridad, se lamenta amargamente! ¡Oh! ¡si alguien me hubiera avisado á tiempo! dice. Pero ¿no sabías hijo mío, que eso era malo, muy malo? Tuve, en efecto, el presentimiento de que no era bueno, pero no creía que fuese tan malo. Y ¿cómo habría podido yo abrir mi corazón á nadie? Cuando todos callaban respecto de eso, ¿debe sorprender el que yo creyese que nadie se atrevía á hablar? ¡Oh, si cualquiera me hubiera hecho la más pequeña advertencia, jamás habría adelantado tanto! ¡Ojalá oiga Dios mis lamentaciones, de hoy para siempre! ¡Qué desgracia no haberme dicho nada!

4. Deberes de los padres, de los educadores, de los predicadores.—En el punto á que han llegado las cosas, no hay más que un remedio posible, y es que todos cuantos tienen misión para ello, hablen, adviertan, enseñen y rectifiquen.

En otros tiempos, cuando no se manifestaba el mal tan abiertamente, ni tenía á su servicio los medios de seducción que le ofrecen hoy las artes popularizadas y las ciencias, podía dudarse si en presencia de la juventud valía más hablar ó callarse en lo concerniente á la sensualidad. Hoy sólo puede darse una respuesta: que se hable de ello frecuentemente, ⁽¹⁾ haciéndolo de modo que instruya y resulte útil, pero hablando breve, categórica y enérgica-

(1) *Catechismus roman.*, 3, c. 7, 6 y sig. Carlos Borromeo, *Instr. past.*, 1, 12, 13. Dupanloup, *De l'éducation*, III, 494, 492. Frassinetti, *Prakt. Anleitung* (Luzern, 1874), 170, 176.

mente. ⁽¹⁾ No puede tratarse ya de que la juventud viva respecto de esa materia en provechosa ignorancia; no queda, pues, más que elegir entre dejarla que se instruya malamente por sí misma, ó cogerla de la mano, y, mediante una disciplina y vigilancia severas, conducirla á través de esas materias para avisarla, instruirla y quebrar el incentivo de la pasión.

No hay duda en que este asunto exige una gran prudencia, y debe tratarse de modo que se indique el mal, se tenga despierta á la conciencia y en guardia al espíritu. Es necesario que los malos teman, y los buenos sean advertidos, sin que, no obstante, sufran daño alguno los que carecen de experiencia.

Verdad es que todo esto es más fácil de decir que de hacer, y especialmente hacerlo de modo que nadie tenga nada que advertir. ⁽²⁾

Los que sean de opinión contraria pensarán lo que quieran; no los atacaremos por ello, pero deben considerar, si creen conveniente juzgar nuestra doctrina, que antes de expresarla hemos tenido en cuenta, hasta donde nuestras fuerzas alcanzaron, nuestra responsabilidad, nuestras obligaciones y los peligros que podrían resultar.

Sería preferible que se suprimiese toda discusión; pero en tanto que nuestra juventud engulla innumerables clásicos, novelas y narraciones alemanas ó extranjeras, consideraremos, no sólo útil, sino indispensable, un lenguaje franco, noble y claro en esta materia.

Para el veneno, es indispensable el contraveneno; sólo que debe ser administrado por un médico experimentado y prudente.

¡Ojalá puedan los padres y los educadores contener la eficacia de la ponzoña, y tener mucho cuidado en no poner á sus mismos hijos en contacto con imágenes, libros, personas, sociedades y placeres perniciosos! ¡Ojalá cambien el tono de la vida de familia y de la educación, cuya ten-

(1) Alban Stolz, *Die Kunst Christlicher Kinderzucht*, (1), 95.

(2) Jungmann, *Theorie der geistl. Beredsamkeit*, II, 831 y sig., 916 y sig.

dencia funesta es despertar la sensualidad corrompida que cada uno tiene innata en sí! El contraveneno será superfluo; pero cuando se tienen rectas intenciones hacia la humanidad y la verdadera humanidad, nunca se tomarán demasiadas precauciones contra la corrupción, pues el placer sensual en ninguna parte acciona más fácilmente que donde una educación engañosa y un falso sentimiento de lo bello procuran hábilmente despertar, para arrojarlas después en el precipicio, á las almas inexperimentadas. Goethe mismo, que, sin embargo, dista mucho de ser un dechado en este concepto, no pudo menos de decir: ⁽¹⁾ «¡Es terrible lo bello como una llama que es útil cuando brilla en el hogar ó alumbra en elevado mechero! ¡Es tan agradable! ¡Quién podría prescindir de ella? ¡Pero qué estragos no produce cuando rebasa esos límites!»

(1) Goethe, *Tasso*, 3, 2.